

Gabriela Henríquez D. (1)

## El exorcismo de la guitarra (2)



A cabeza apoyada en los barrotes del catre, Melania contemplaba distraídamente la viga del techo sobre la cama, en donde una araña había tejido su red y paseaba la mirada por las murallas negras de humo. En un comienzo, cuando recién quedó inválida a consecuencia de haberse despeñado yendo a caballo, aproximáronse de una manera inverosímil, estrechando el espacio alrededor del lecho. Y el que creyó nido de amores, volviósele cárcel horrible. Nunca antes se había apercibido que ese rancho en donde vivía con su madre y Juan Alberto, su esposo, era obscuro, sucio y mal oliente.

En efecto, carecía de ventana que le diera luz y ventilación. Las oleografías que adornaban las paredes, y la Virgen con sus flores de papel veíanse al través de una nube. Esto se debía a que su madre, enviciada matera, siempre tenía fuego en el bra-

---

(1) Ha publicado un libro de cuentos para niños. Su expresión es todavía difusa, pero revela un temperamento narrativo y plástico.

(2) Inédito.

sero. La inválida no sabía leer; tampoco le habría sido posible dedicarse a la costura por la falta de luz.

Concluyó por no intentar cosa alguna, y el tedio se apoderó de ella definitivamente. Inmóvil y en silencio, pasaba largas horas con la mirada fija en la pared, como si pretendiera horadarla. A veces la araña del techo bajaba hasta ella, sostenida en su cuerda luminosa. Parecía agrandarse extraordinariamente y tomaba el aspecto de un trasgo amenazante. Cerraba entonces los ojos y su figura inerme, era la imagen de la desolación.

Esa inmovilidad, esa apatía, desesperaban a la vieja Sabina, en quien el amor maternal llegaba a la idolatría. Sabina era terriblemente bisoña, flaca y obscura como un haz de sarmientos. Tenía la cabeza y el rostro alargados, el labio inferior caído, lo cual daba a su expresión esa mezcla de grotesco y desdeñoso. Nadie la hubiese creído madre de aquella muchacha, cuyo rostro fino, había tomado, gracias a la confinación, el delicado tinte de la flor del canelo. Sus ojos claros y rubios cabellos eran la adoración de su progenitora.

El dolor que experimentaba esta por la desgracia de su hija, traducíase en movimiento perpetuo. Veíasele afanada en mil quehaceres inútiles y de continuo deambulaba entre la mesa y el brasero, la cama y el altar de la Virgen, sin dar tregua a la lengua, ya que tenía costumbre de hablar a solas.

\* \* \*

Una tarde, saliendo de su habitual apatía, Melania tomó la guitarra que en un momento de caritativa inspiración, le llevara la dueña del fundo, por ver si el instrumento despertaba en ella algún interés. Pasó los dedos sobre las cuerdas, al mismo tiempo que esbozaba al acaso una postura. Brotó un sonido armonioso, y al punto, de manera sorprendente, desplomáronse las densas murallas de barro que formaban el rancho. Melania estaba sana, libre, ágil y corría gozosa por el campo.

Ensayó otras melodías, y percibió en su rostro la brisa impregnada del aroma, familiar y querido de la tierra húmeda, del heno y la alfalfa recién cortada. Veía la sombra de los álamos tendida sobre el camino. Y en el aire, el polvo dorado, que al paso de una carreta queda suspenso en la atmósfera apacible de la tarde. Contemplaba la inmensa extensión de los potreros, limitados allá en lejano horizonte, por los cerros azulosos o ligeramente rosados. Cuando se hizo más experta, podía a voluntad hacer murmurar los arroyos, trinar los pájaros y cantar al viento entre los árboles.

De todas parte acudía la gente a escuchar a la enfermita, «que tocaba tan lindo en la guitarra». Y en nombre de esa dicha que bajara a su alma como el rocío del cielo, volvióse paciente, alegre, hasta indulgente. Ya no le causaban desagrado las visitas de Rosenda, su parienta, que se instalaba tardes enteras en un rincón, desde donde la observaba con ese mirar hoscó y silencioso, que a Melania se le antojaba semejante al de la araña cuando atisba las moscas. Tampoco reprochaba a su marido el que pasara casi toda la noche fuera de la casa. La primera vez, dijo que iba a «correr la calchona», pues últimamente rondaba por la vecindad, y como ese animal embrujado traía desgracia, era preciso ahuyentarlo.

Y la suegra, siempre temerosa de que alguna otra fatalidad cayera sobre su hija, mostrábase agradecida con el yerno, y para demostrárselo hacía picarones con frecuencia, ya que tanto le gustaban. Mas, no por eso dejaba de repetir las «siete palabras redobladas» que ahuyentan el demonio y todos los embrujos.

En una ocasión, Sabina recibió la visita de su comadre y ambas mujeres estuvieron hablando largamente en voz baja. La inválida no prestó oído a la conversación, empeñada como estaba en buscar nuevos ritmos y variar los tonos. Pero desde esa vez, su madre cuando trajinaba en la pieza, musitaba palabras extrañas; palabras que llegaban a oídos de Melania confusamente, y que sin prestarle mucha atención, hacíanle el efecto

de notas discordantes: «—Si, si» decía, la calchona, «¡miren qué calchona! ¡Había de encontrarse conmigo!» —Y otras veces, «¡Perversa, mal nacida! abusar de la pobrecita!»...

\* \* \*

La noche era tempestuosa, caía la lluvia a torrentes, y el viento norte aprisionado en las gargantas cordilleranas, parecía haber recobrado su libertad y pasaba aullando cual bestia enfurecida sobre el rancho. Este cobijaba malamente a las tres personas que lo habitaban. Aunque las murallas eran de barro, colábase por las rendijas de la puerta y se escurría bajo el techo en donde quedaban algunas aberturas. A cada ráfaga, el fuego del brasero se avivaba, como la mirada vigilante de un monstruo infernal. Saltaban de vez en cuando algunas chispas, sin que el hombre ni la anciana, sentados a cada lado, hicieran el menor movimiento.

Conservando el uno, poncho y sombrero, arrebujada la otra en su gran pañolón, estábanse ambos inmóviles y silenciosos y parecía que cada uno aguardara «algo» de su compañero. Desde el lecho, Melania sólo podía distinguir la pequeña luminaria que brillaba en el cigarro de su marido. Encendíase y se apagaba con ritmo nervioso e intermitente... De pronto, oyó ese grito, entre balido de oveja y ladrido de perro, que como en las noches anteriores, indicaba la presencia de «la calchona».

Parecióle, al mismo tiempo, que Sabina dejaba oír un imperceptible rezongo, y que el encenderse y apagarse del cigarro en los labios de su esposo adquiría un ritmo acelerado. Melania tomó la guitarra, y después de un breve prelude comenzó a tocar. Sus dedos expertos deslizábanse ágilmente sobre las cuerdas y los sonidos que éstas producían eran una filigrana melódica. Tocaba, tocaba sin tregua, como si quisiera aprisionar en ese fina red de sonidos la voluntad de aquellos dos seres que se espiaban uno al otro junto al brasero. Había en ella la certi-

dumbre de que si llegaba a dormirse y cesaba la tempestad, uno de los dos saldría y vencería al otro en algo tenebroso y horrible. Algo que sentía con extraña evidencia, pero que no le era posible determinar. Por momentos, le parecía que una araña infernal, tejía una red siniestra en torno a la casa.

La lluvia se iba calmando, las gotas que caían del techo eran un redoble cada vez más lento, más espaciado y había la probabilidad de que cesara del todo. Por eso, aunque sintiera los brazos acalambrados y le dolieran las yemas de los dedos, la inválida seguía tocando; parecía ebria de música y como si nunca fuera al terminar. Relajáronse al fin los músculos de los brazos, apoyó un momento la cabeza en la almohada. Bastó ese gesto de fatiga para que sus ojos se cerraran, luego el sueño la venció.

\* \* \*

Cuando despertó, pasada la media noche, el viento había barrido las nubes y podía ver las estrellas al través de una pequeña abertura de la puerta. Alguien había salido, dejándola entornada... ¿Cuál de los dos...? —inquieta alzóse en el lecho y a la indecisa luz pudo ver a Juan, que dormía con sus ropas en la cama vecina. Escuchó ansiosamente, por si oía el habitual ronquido de la anciana o su eterno musitar, pero sólo se escuchaba la rítmica estridulación de un grillo.

Permaneció largo rato inmóvil, alerta al menor indicio. Pero nada, absolutamente nada... Sólo la red siniestra en torno a la casa... Empezaba a adormilarse nuevamente con el rumor de los árboles mecidos por la brisa que precede al alba. Y de pronto un grito agudo y prolongado. Un grito humano hirió la noche y algo de ese misterio exterior penetró con él, e hizo temblar a la inválida que se incorporó sobresaltada. Mas, el temor de despertar a su marido la hizo quedarse inmóvil, sujetando la respiración, mientras el corazón le daba golpes en el pecho. Transcurrió un lapso, durante el cual volvió a cantar el grillo, ladró un

perro en la lejanía, hasta que, por fin, se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, Melania despertó con un rumor que venía del exterior. El sueño había borrado de su mente las impresiones de la noche, y en el primer momento, aquel ruido semejaba al que solían producir las aguas del río en las crecidas, después de las tormentas. Sin embargo, poco a poco fué precisando y empezó a distinguir carreras precipitadas, voces de gente que pasaba, el caballo del mayordomo y alguien que daba órdenes en alta voz: «¡Qué traigan un cordel!»—«Por aquí»—«¡No, no puede moverse!»

Esas palabras la volvieron bruscamente a la realidad: «¡Dios mío! ¿qué pasa?», gritó haciendo vanos esfuerzos por salir de la cama. En ese momento, un grupo de muchachas y rapaces de la hacienda, a medio vestir, el cabello en desorden irrumpió en el cuarto. Hablaban al mismo tiempo y atropelladamente, cada cual empeñado en hacerse oír: —«¡Melania, Melania! Oye ¿no sabes?—¡Vieras lo que ha pasado!—¡Ay qué desgracia! ¡Y qué cosa tan rara!»

—¿Pero qué sucede?, digan pronto.

—Que a la Rosenda tu prima, la encontraron esta mañana, de alba, en el fondo de la quebrada de «Las Perdices». Tiene la pierna rota. No podían subirla. Ahora la llevan desvanecida a su casa.

—¿Y qué haría a esa hora, por estos lados?, preguntó una chicuela de mirada inocente.

—Talvez sea eso que llaman sonámbula, observó otra.

Cuando hubo quedado sola, Melania tomó la guitarra, la acarició como a una persona y le dijo: —«Nos quedamos dormidas y no pudimos evitar la desgracia, pero hemos roto para siempre esa tenebrosa red en la cual mi prima se enredó... Y la «calchona» no volverá más, nunca más, repitió.